

pasado, que surge de ellas renovado y sabrosamente auténtico.

Modestamente destinado a servir de texto auxiliar de Historia Americana en los Liceos, este libro es un valioso aporte a la vulgarización de nuestra historia social. Por la novedad de los trozos que contiene y del método con que han sido seleccionados, por la rica colección de grabados que lo ilustran y por su bibliografía escrupulosa, será leído con agrado y provecho por todo el que quiera estudiar las formas sociales del pasado, o desee simplemente sumergirse en un mundo lejano y distinto del nuestro, pero impregnado de interés y de vida apasionantes.—
O. Vera.

CUENTOS

CUENTOS DE MI TÍO VENTURA,
por *Ernesto Montenegro.*

Nos cuentan los biógrafos de Charles Perrault que su mayor y principal ambición era llegar a ser un gran poeta épico. Ello andaba también conforme con su gravedad de magistrado. Y alcanzó a publicar, en efecto, unos poemas grandilocuentes, en los que cifró grandes esperanzas. Pero la gloria, caprichosa y esquiva, no vino con tal motivo a coronarlo. Abuelo ya, y sin otro fin que entretener a sus nietos, escribió una serie de narraciones fantásticas, tomando por base las que circulaban entre el vulgo. Luego, estimándolas en poco, las dió a la publicidad con la firma de su hijo. Y fué entonces que la desdeñosa Fama le abrió su corazón ampliamente.

Ernesto Montenegro nació al mundo literario con las intenciones de ser un poeta de renombre. Algunos cortos poemas alcanzaron a publicarse en diarios y revistas; también algunas prosas. Luego, lo cogió el tráfago de la vida, o más bien la inquietud de recorrer lejanas tierras, porque, ante todo, llevaba un judío errante por dentro. Partió para Estados Unidos sin más haber que el producto de futuras correspondencias, y fué a parar en California. Allí vivió del periodismo. Continuó a Nueva York, y siempre el periodismo absorbió sus horas. Fundó allí una revista de propaganda chilena, en la que estuvo tres o cuatro años; acabó por aburrirse, reunió los cobres que le quedaban y salió a dar una vuelta por Europa. En seguida regresó a Chile.

Ya en la tranquilidad de la tierra nativa, y saciado su afán de trajines, pareció natural que su espíritu volviera a las primitivas ansias de gloria literaria. ¿Encontró que ya estaba viejo para reincidir en la poesía pura? Posiblemente. Nuestro ambiente no es propicio para tales aficiones: se le cree cosa propia de mozalbetes ociosos, desaseados y melenudos. Además, pasados los cuarenta años muchas ilusiones han muerto. Quedaba por delante la novela; con toda la experiencia adquirida en la tierra del dólar, Montenegro tenía materiales preciosos para una que saliera de lo corriente, con gentes, costumbres y psicologías de Yanquilandia. Pero tal vez quiso aconchar un poco sus recuerdos, dejar que laborara el inconsciente, postergar, en suma,

esta obra un poco difícil; y entonces, en sus horas de ocio, se dedicaría a transcribir en su lenguaje, naturalmente estilizado, esas historias de brujas, soldadillos y monstruos, alimento de niños y aun de personas mayores.

Nada autoriza para decir que Montenegro, como Perrault, no le dió ninguna importancia a su trabajo. Seguramente lo hizo a conciencia, y pretendió encuadrar los cuentos populares dentro de la literatura. Pero no se figuró, acaso, que realizaba la obra más importante de su vida, y que al delinear la figura inmortal del Tío Ventura y al transcribir esos relatos de apariencia tosca (1), subía algunas gradadas en el templo de Apolo.

Errados andan los que piensan que la grandeza de un libro está en el asunto. El tema viene a ser para el escritor lo que la arcilla en manos del artista plástico. Limitado es el número de argumentos, y están a disposición de todo el mundo tal como los colores y sus diversos matices lo están para el que pinta. tuvieron eco: confundían la cosa material con el espíritu.

Cendrillon era una historia vulgar en boca de las abuelas de Francia; subió a obra maestra bajo la ¡Cuántas veces acusaron de plagio a Anatole France, porque to-

(1) Empresa Letras. Santiago de Chile, 1933.

maba todos los detalles salientes, digamos la armazón, de algún cuento publicado en la Edad Media! Así, por ejemplo, con uno de Gregorio de Tours. Pero los acusadores partieron de un error profundo y no pluma de Perrault, «El caballito de siete colores», «El monstruo». «Los tres soldadillos», etc. han vivido muchos años en la imaginación de nuestros niños; han puesto un poco de pavor o de asombro en sus ojos inocentes. Tomados sin el adorno que cada narrador les preste, no representan casi nada, y la filosofía que encierran condensa una vieja aspiración de los hombres más que una realidad: el castigo de los malos, el triunfo de los buenos.

Y con estas historias vulgares, que son un bien común, ha tejido Montenegro su obra. Guijarros sin mucha ley que ha recogido en los caminos de su infancia, han sido tallados por un diestro buril.

Tarea ardua es transcribir los modismos y expresiones del vulgo, sin caer en lo chocarrero o en lo basto, Montenegro ha salvado con facilidad todos los escollos, y así la ilusión de estar escuchando al Tío Ventura, en su lenguaje peculiar, no desaparece.

Obra aparentemente fácil y simple, tiene, sin embargo, todo el valor de lo nuevo. Ha pasado por ahí un verdadero escritor con su magia sutil.—*Januario Espinosa.*

